

## **La pandemia como analizador psicosocial. Qué nos enseña el COVID sobre las subjetividades en la cultura actual**

Por Irene Meler<sup>1</sup>

### **Resumen**

Se analiza el impacto subjetivo de la pandemia y del aislamiento social, que difiere según sea la edad, situación familiar y condición social de cada persona. La vejez es un período del ciclo vital especialmente vulnerable en la actualidad, porque a la tarea psíquica de elaborar el fin de la propia existencia, se agrega una amenaza específica, que es comunicada de modo constante a través de los medios.

Para quienes viven en familias con niños, existe una afectación diferencial según el género, porque las madres enfrentan mayores dificultades para conciliar el trabajo remoto con la atención de los hijos, acostumbrados a demandarlas con mayor intensidad en comparación con los padres. Esa demanda se extiende a las tareas de refuerzo docente, que hoy se han agregado debido a la escolaridad virtual.

Sin embargo, la convivencia obligada de quienes realizan trabajo remoto, contribuye al proceso que ya está en curso, de desaparición de la división sexual del trabajo, que ha sido un organizador social tradicional, y con ello puede promover una mayor equidad en las relaciones de género.

### **Palabras clave**

Pandemia - Relaciones de género – Vejez- División sexual del trabajo - Conciliación

### **Abstract**

The subjective impact of pandemic and social isolation is analyzed, because it is different in relation with the age, family composition and social condition of each person. Old age is a period of vital cycle specially vulnerable today, because, to the psychic task consisting in elaborate the end of own existence, one must add a specific menace, communicated constantly through the media.

For those people who live in families with children, it exists a differential affectation by gender, because

---

<sup>1</sup> Doctora en Psicología. Co Dirige la Maestría en Estudios de Género de UCES. Integra el Comité Científico del Programa Post Doctoral de Estudios de Género de UCES. Es profesora invitada en el Doctorado en Psicología de UCES. Dirige el Curso de Actualización en Psicoanálisis y Género de la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires (APBA) y la Universidad Argentina John F. Kennedy (UK). Coordina el Foro de Psicoanálisis y Género de APBA. Es autora de numerosas publicaciones. E-mail: iremeler@fibertel.com.ar

mothers affront bigger difficulties to conciliate the home office with children care, that they are used to claim preferably from their mother. This demand is extended to the reinforcement of learning, added today to maternal work because of virtual scholarship.

However, forced coexistence between couples who perform remote work, contributes to a tendency in process, consisting in the disappearance of the sexual division of work, a traditional factor of social organization, and this promotes equity in gender relationships.

### **Key words**

Pandemic - Gender relationships - Old age - Sexual division of labor - Conciliation

### **Introducción**

Es habitual que se generalice de forma abusiva la experiencia de un sector social, en una época determinada, y se pretenda extenderla a la totalidad de los seres humanos, atribuyéndole un carácter universal. En el campo del psicoanálisis, esta ha sido la tendencia dominante, y es por eso que el diálogo interdisciplinario entre psicoanalistas y científicos sociales resulta tan necesario.

Por primera vez en la historia, pese a la enorme diversidad de situaciones y experiencias, estamos ante un evento planetario, es decir que su impacto se experimenta en todo el mundo. Sin embargo, la forma en que la pandemia afecta la existencia cotidiana de las personas, los sentidos que se le atribuyen y las emociones que despierta, configuran experiencias disímiles entre sí.

Las categorías que se utilizan para el análisis del campo social, se refieren a la clase, o sea, a la condición socioeconómica, educativa y laboral de los sujetos. Otro criterio en uso consiste en el análisis de la etnia, cuyas tradiciones y representaciones culturales, operan al modo de códigos que nos habilitan para asignar sentidos a la realidad. El género se refiere a los significados, prescripciones y proscripciones que cada sociedad atribuye a los sujetos según sean mujeres o varones, y a su ubicación, en consecuencia, en relaciones que hasta el momento se han caracterizado por su asimetría jerárquica. La orientación del deseo erótico, homo o heterosexual, ha sido objeto de distintas valoraciones de acuerdo con la época o la locación geográfica de que se tratara, y el destino de quienes se apartan de la norma estadística es muy variable, aunque mayormente, resulta desfavorable. La edad es un factor de análisis al que no se le ha asignado tanta importancia, por tratarse de una condición dinámica: sin embargo, hoy adquiere una relevancia particular. Es por eso que comenzaré por analizar el impacto de la pandemia y el aislamiento, en la franja de edad de los adultos mayores.

### **Ser viejo o vieja en el contexto de la pandemia**

En las sociedades de masas, a partir de la Modernidad, la edad avanzada ha perdido su prestigio tradicional. La denominación de Patriarcado, de uso habitual en el campo de los estudios de género, alude a la dominación social ejercida por los varones mayores. Cuando la salud mental y la estabilidad social dependían de la reiteración fiel de las costumbres y usos de las generaciones anteriores, quienes habían vivido muchos años portaban una experiencia que era apreciada, e infundía respeto en el conjunto. En las sociedades ágrafas, los relatos de los mayores condensaban la sabiduría antigua y servían de orientación en un entorno donde los cambios eran lentos y escasamente perceptibles. Con muchas variantes locales, las sociedades humanas han estado dominadas por los varones, y solo en la Modernidad tardía o Postmodernidad, ese régimen normativo se encuentra en una profunda crisis de legitimidad, aunque está lejos de haber caducado por completo. Pero aún en los contextos caracterizados por el intenso dominio patriarcal, las mujeres ancianas gozaron de cierta autoridad y predicamento, en función de su experiencia acumulada.

Los avances tecnológicos actuales han impreso un ritmo vertiginoso a la existencia social contemporánea. El estilo de vida de las sociedades avanzadas marcha al compás de las constantes innovaciones que ejercen una influencia definitoria sobre los procesos de trabajo, los dispositivos educacionales, y la comunicación que se produce en todos los ámbitos. Las experiencias de las generaciones mayores han perdido su antiguo prestigio, porque contamos con un reservorio casi ilimitado de conocimientos, accesibles para todos.

El ideal cultural hegemónico se encarna en la figura de la eterna juventud, una figura de lo imposible, que sin embargo, representa las aspiraciones omnipotentes de nuestro tiempo. Pese a los avances obtenidos en la condición social de las mujeres, la imagen femenina continúa representando de modo imaginario el objeto del deseo masculino, y ese deseo, expresión de un sujeto todavía hegemónico, pesa como un imperativo sobre las mujeres que envejecen, que se transforman en consumidoras y, a la vez, víctimas, de una oferta del sistema médico que ha surgido para alimentar esa ilusión de eternidad. Sus cuerpos y rostros son objeto de las más variadas tecnologías para adecuarlos a los ideales predominantes de presentación estética.

No todas las circunstancias actuales resultan desfavorables para el género femenino. Su acceso a la educación superior y al mercado de trabajo remunerado, aunque todavía no ha logrado una situación económica y social paritaria, ha permitido la existencia de generaciones mayores de mujeres cuya

autonomía contrasta con la dependencia de sus antepasadas. Ellas han poblado los cines, teatros y restaurantes, -en las añoradas épocas pre pandemia-, en grupos animados que ponían en evidencia su interés por la vida activa, y su capacidad de disfrutarla. Las redes sociales femeninas han suplido la escasez de compañeros masculinos, ya que los varones mueren antes, desgastados por el imperativo del éxito que aún pesa más duramente sobre ellos.

...Y llegó la peste...Como una manifestación de los ecosistemas comprometidos por la superpoblación y por el consumo exacerbado por el modo de producción tardo capitalista, la virosis se ha extendido (Meler, 2020a), pero su impacto es más destructivo para los organismos fragilizados por el paso del tiempo. La mortalidad masculina provocada por el virus es algo más elevada, y la cuarta edad está hoy feminizada, ya que la mayoría de los adultos mayores son mujeres.

Envejecer demanda un considerable trabajo psíquico, que implica un desarrollo de la capacidad para convivir con la angustia de muerte. El fin de la propia existencia, antes sabido pero eficazmente desmentido, se ha acercado de tal modo que se hace difícil negarlo. El cuerpo envía periódicas señales de su deterioro, mayor o más leve, según sea el estado de salud de cada sujeto. Los amigos, parientes y conocidos que integran el entorno social de los mayores, comienzan a desaparecer, y al dolor de su pérdida y al sentimiento de soledad que ocasiona, se agregan los temores por el propio ser, ya que la pregunta implícita se refiere a cuándo llegará el momento de la propia extinción. Los pensamientos se dirigen de modo espontáneo a recordar el pasado, ya que el futuro se ha acortado, y es incierto.

Esta condición, propia del período avanzado del ciclo vital, se ha complicado de modo significativo con el avance de la pandemia. La enfermedad afecta con mayor índice de letalidad a las personas adultas mayores, y los medios insisten de modo reiterado en la recomendación del aislamiento domiciliario para ese grupo de edad. De modo que las fantasías de muerte, habituales en ese período vital, se ven intensificadas por el riesgo cierto de infección, y amplificadas por los mensajes mediáticos. Los desplazamientos e interacciones sociales, minimizados para todos, se limitan de modo radical para aquellos adultos mayores que disponen de la posibilidad de auto cuidado. Quienes padecen la intersección de diversos órdenes de desventaja social y biológica, tales como la vejez y la pobreza, suelen desestimar las restricciones preventivas, debido a la precariedad de sus condiciones de existencia. Esa circunstancia aumenta el riesgo real de padecer complicaciones médicas, pero atenúa los padecimientos psíquicos derivados del prolongado aislamiento.

Existe un factor adverso vinculado con las costumbres sociales establecidas para el género femenino, que en esta circunstancia favorece de un modo impensado, el afrontamiento de la situación de aislamiento por parte de las mujeres mayores. Se trata de la tradición ancestral de reclusión femenina en el hogar, que

promueve una menor circulación de las mujeres por el espacio público. En estudios realizados con mujeres cuya posición respecto de las regulaciones de género era tradicional, se describió el surgimiento de restricciones agorafóbicas asociadas con la domesticidad, la educación tradicional, y el control de la sexualidad femenina (Burin et al, 1987, Meler, 1996). Entre las mujeres que hoy cursan su tercera y cuarta edad, todavía existe un sector significativo, cuya socio-subjetivación ha sido tradicional. Este sector, desfavorecido en términos de sus posibilidades de expansión del Yo, se ve beneficiado de modo paradójico, porque soporta mejor un encierro doméstico al que ha estado acostumbrado.

En términos generales, la masculinidad social se ha caracterizado por su agorafilia (Gilmore, 1994). El ancho mundo ha estado con mayor facilidad a disposición de la actitud investigadora cultivada entre los varones, quienes desde la prehistoria de la especie, se han desplazado lejos de sus espacios de residencia en busca de recursos para la subsistencia (Hernando, 2012). Las mujeres, limitadas por la procreación y la crianza, han sido comparativamente más sedentarias, y esa característica favorece que soporten mejor una reclusión que hoy se impone para la edad avanzada.

Las actividades domésticas y la vida interior, se cultivan en una condición que por momentos se asemeja a la prisión domiciliaria. La feminidad es más proclive a respetar los criterios de cuidado, mientras que la tradición masculina hacia la exposición a riesgos, juega a veces en contra de la auto conservación, en tanto induce con mayor facilidad al surgimiento de conductas desaprensivas; al menos eso es lo que suelen reportar aquellas mujeres que han conservado la convivencia conyugal, y se quejan de la escasa adhesión a los cuidados de desinfección por parte de sus maridos.

La red vincular, cuando existe, es un factor de sostén práctico e intersubjetivo de gran importancia. Los cuidados requeridos por los niños o los enfermos, han estado tradicionalmente a cargo de las mujeres. Hoy, muchas mujeres que cursan su cuarta edad, reciben, de modo inevitable, algo de reciprocidad.

### **Madres y padres en pandemia**

Para los trabajadores calificados, la oficina se instaló en el hogar, porque el aislamiento social obligatorio y la disponibilidad de recursos para la comunicación virtual, han promovido el surgimiento del Home Office, o sea, el trabajo remoto. Como suele ocurrir, este nuevo régimen laboral presenta ventajas e inconvenientes, y sus efectos son disímiles según se trate de mujeres o varones trabajadores, y también, según sea su edad, la composición de la unidad doméstica, la estructura de la familia conviviente, y las características de la vivienda que habitan, entre otros factores (Meler, 2020b).

Para quienes residen lejos de su lugar de trabajo, el Home Office ha implicado una ganancia significativa en

cuanto al uso del tiempo. Hay trabajadores que invierten 3 horas diarias en sus traslados de ida y retorno al hogar, un tiempo que hoy pueden disponer para otros fines. Pero la percepción subjetiva de esta circunstancia es variable: una mujer, madre y esposa, de edad mediana, manifestó extrañar sus viajes en tren, porque le permitían aislarse, liberada por un lapso de tiempo de las demandas laborales, y también de las familiares, creando un período que podía destinar a la introspección.

Las demandas de los hijos se dirigen con mayor frecuencia hacia las madres, porque el vínculo madre-hijo suele ser más íntimo, más estrecho que el que los niños mantienen con su padre, aún cuando este está presente en el hogar. Incluso en los hogares de dos proveedores, cada vez más frecuentes, las mujeres retienen algunos emblemas de su rol tradicional, tales como ser las principales encargadas de supervisar las tareas escolares de los hijos, o en algunos casos, la cocina. Para evitar un enfoque victimista, corresponde aclarar que ellas no se limitan a someterse a demandas inapelables, sino que existe una preferencia subjetiva por esos roles, en tanto son considerados como un aspecto integral de la identidad femenina, doméstica y maternal, fuertemente arraigada en el imaginario colectivo instituido, y por lo tanto, en el sistema de ideales propuestos para el Yo de la mayor parte de las mujeres. Pero esta conjunción entre las demandas familiares y los emblemas identificatorios que estructuran el sí mismo femenino, aumenta las dificultades preexistentes para lograr una conciliación entre la atención del trabajo y la de la familia.

Los varones que son padres de niños o adolescentes, se han habituado a desentenderse de los avatares familiares, y a concentrarse de modo exclusivo en sus responsabilidades laborales, mientras están en el lugar de trabajo. Esto sucede porque las asignaciones culturales de la provisión económica, que se ha esperado hasta hace poco proviniera del trabajo masculino, funcionan como imperativos interiorizados y autorizan el desentendimiento temporario con respecto de la familia, justificado por el hecho de que se garantiza así su protección económica.

Freud (1923) ha destacado que existe cierta inercia temporal del Súper Yo, una estructura psíquica que condensa los valores y normas que rigieron la vida de las generaciones anteriores, los que, aunque el paso veloz del tiempo y los cambios en las costumbres los hayan tornado obsoletos, perviven de modo inconsciente en nuestro psiquismo. De modo que los imperativos pasados coexisten de modo inarmónico con prácticas postmodernas de vida, y eso complica la existencia de las mujeres, que trabajan como los varones, pero en su mayor parte, aún se sienten compelidas a cumplir con funciones tradicionalmente asignadas a las madres y amas de casa. Por supuesto, esta no es una situación estática, sino que se van produciendo transformaciones y acomodaciones en las relaciones de género, pero siempre es necesario contar con que existirá un rezago de las representaciones y los afectos vinculados con ellas, con respecto de

las prácticas cotidianas.

Cuando se trabaja en el ámbito del hogar, un estilo de vida que recicla de modo inesperado costumbres pre-modernas, esta tensión entre el tradicionalismo y la postmodernidad se intensifica. Un relevamiento de los espacios que cada integrante de la familia ocupa para desarrollar sus tareas, ya se trate de trabajo o de estudio, aporta un indicador diagnóstico revelador acerca de la trama de relaciones de poder que rige al interior de cada familia. En un hogar tradicional, de clase media, el marido ocupaba la mesa del comedor, y la puerta se cerraba para garantizar su tranquilidad y concentración en el trabajo. La esposa, también inserta en una ocupación calificada, trabajaba, de modo previsible, en la cocina. El hijo mayor, universitario y empleado, se instaló en el escritorio, y el menor, aún estudiante, se acomodó en un balcón cerrado. La pandemia nos permite construir entonces un nuevo instrumento diagnóstico, que no explora los conflictos inconscientes ni la estructura defensiva del sujeto, sino la posición de cada miembro de la familia en la trama de las relaciones de poder, que para los estudios de género, constituyen un objeto de indagación de gran interés.

Las tareas domésticas de los hogares de sectores medios, se delegaban en la vida pre-pandemia en una auxiliar contratada a ese efecto. Esa costumbre instalada en nuestro medio, ha servido al efecto de sortear de modo inadvertido un conflicto potencial entre los géneros. Las mujeres trabajadoras que están casadas y tienen hijos, lograron desempeñarse de modo eficaz en sus múltiples responsabilidades, desdoblando el desempeño de tareas tradicionalmente femeninas entre las asumidas de modo personal, y las delegadas en la empleada doméstica. Este recurso se basa en una asimetría de clase, y evita un conflicto de género. Ha sido accesible en Argentina, una situación que otros países desarrollados no comparten, y que ha agudizado en esos medios el malestar cultural de las mujeres educadas e insertas en el mercado, lo que promovió el auge de los movimientos sociales de mujeres.

En este período de aislamiento domiciliario, en la mayor parte de los hogares donde se contaba con el trabajo doméstico desempeñado por una asistente, esa colaboración se ha interrumpido de modo indefinido, debido a que el transporte público es un vector de contagio y que las empleadas residen habitualmente en zonas periféricas, alejadas del domicilio de sus empleadores. Para los varones, el recurso de alejarse de la sede del hogar no está hoy disponible, por lo que, cortada la retirada, no han podido evitar tomar contacto con las tareas de limpieza, lavado y cocina, y conocer así el tiempo y el esfuerzo que demandan. En las familias donde ambos progenitores trabajan en el mercado, se registra en consecuencia un notorio incremento de la participación masculina en la domesticidad y en la crianza.

En aquellos casos en que la esposa está inactiva, ya sea porque la índole de la ocupación que desempeña

habitualmente requiere presencia, o por la corta edad de los hijos, los maridos manifiestan de modo explícito su reconocimiento acerca del carácter imprescindible del aporte no económico de sus mujeres. Cuando ellos participan, tienden a elegir la cocina, un nuevo hobby masculino, o hacer las compras, esto último ligado a la tradición que ubica a los hombres en el espacio extra doméstico. Pero aunque la participación masculina está lejos de ser igualitaria, se registra un incremento, tanto en la cooperación de los varones, como en el reconocimiento hacia el aporte de las esposas, que sin duda es un indicador del progreso hacia la paridad entre los géneros. Esta tendencia social es de interés para los operadores en el campo de la salud mental, ya que las circunstancias inequitativas suelen ser patógenas.

### **Padres y maestros**

La escolaridad virtual ha surgido en la pandemia como un recurso novedoso, que sin duda aporta de modo positivo para sostener en alguna medida el aprendizaje de los estudiantes, pero que no logra suplir de modo satisfactorio la interacción presencial en el aula. Los niños de corta edad se resisten a la conexión virtual, que mayormente les produce angustia, y se niegan a relacionarse de ese modo. Los escolares, más disciplinados, lo aceptan, pero requieren el refuerzo de los padres para comprender las consignas y cumplir con las tareas. De modo que al rol parental tradicional, se ha agregado, en tiempos de aislamiento residencial, el desempeño de una función docente, para la que muchos no tienen vocación ni tiempo disponible, o no se sienten calificados.

Nuevamente, las madres son requeridas de un modo más intenso en comparación con los padres, para desempeñarse como docentes auxiliares, debido al supuesto, no siempre acertado, de que su subjetividad femenina las predispone para la educación, considerada como una extensión más compleja de los cuidados primarios. Pero los padres, que en muchos casos se desentenderían de esa función haciendo uso de su especialización en el ámbito exterior al hogar, no pueden sustraerse en la actualidad a la toma de contacto con las dificultades de sus hijos. De modo inevitable, comienzan a operar como docentes en aquellos temas que manejan mejor, y esa participación aumenta al compás del crecimiento de los chicos, porque la masculinidad no congenia bien con la inmadurez, pero dispone de una tradición de *mentoring* de los niños mayores y los jóvenes.

### **Evanescencia de la división sexual del trabajo**

El creador de la antropología estructural, Claude Lévi Strauss (1949), planteó que existen dos principios culturales que señalan el pasaje de la naturaleza a la cultura: el tabú del incesto y la división sexual del



trabajo. La incorporación de las mujeres a los trabajos remunerados, más que constituir un logro de las luchas feministas, responde a las necesidades de un sistema que incentiva el consumo para mantener la organización socio económica vigente. El nivel de lo definido por el consenso como necesidades básicas, ha ido en aumento, y se requiere del concurso de dos proveedores para sostener un estilo de consumo considerado hoy como aceptable en una familia de dos progenitores y al menos dos hijos.

Sin embargo, resulta innegable que la disponibilidad de recursos generados mediante el trabajo personal ha contribuido de modo definitorio a la creciente paridad entre los géneros en los hogares conformados a partir de una pareja heterosexual. La división sexual del trabajo, tal como lo han establecido dos sociólogas francesas (Hirata y Kergoat, 1997) permanece y a la vez, se modifica. Mujeres y varones se desempeñan en el mercado de trabajo, aunque tienden a distribuirse en distintas ramas de la actividad, y ellas suelen ser mayoría en la base de las pirámides ocupacionales, pero su presencia se hace más escasa a medida que se asciende a los cargos que implican tomas de decisión. La dominación social masculina (Bourdieu, 2000) involucra un componente simbólico de gran eficacia, que promueve que las tareas feminizadas se desvaloricen, y las que desempeñan mayormente los varones, se sobrevaloren en términos económicos.

Las tareas domésticas y de crianza de los hijos han sido un aspecto sub registrado de los intercambios sociales, al punto que una socióloga argentina, Isabel Larguía (Larguía y Dumoulin, 1976), las denominó como “trabajo invisible”. El ámbito de la unidad doméstica es hasta ahora un bastión donde la división sexual del trabajo, que retrocede en la arena pública, todavía continúa vigente. Pero de modo inevitable, la dedicación creciente de las mujeres al mercado, ha promovido la participación masculina en el privado, y la actual pandemia, con el consiguiente aislamiento domiciliario, genera una aceleración de este proceso de disminución de la división sexual del trabajo.

Estas consideraciones sociológicas, son de importancia para los estudios sobre la subjetividad, porque las prácticas de vida influyen de modo definitorio en el desarrollo de rasgos de carácter. Los psicoanalistas nos hemos formado en una tradición que remite a desenlaces biográficos acontecidos en la primera infancia, en el contexto de los vínculos primarios, la constitución de los basamentos de la personalidad de cada sujeto. Sin embargo, los desarrollos contemporáneos en el campo, asignan una importancia creciente al factor actual y a los acontecimientos no previstos (Hornstein, 2002). Es por eso que aún en el campo de la heterosexualidad, los rasgos caracterológicos de mujeres y varones se asemejan de modo creciente. El deseo se dirige a personas del otro género, pero existe una semejanza en lo referido al carácter, que solo puede explicarse por la similitud de las condiciones de existencia.

Quienes hoy comparten la cotidianeidad en aislamiento social, difícilmente mantengan estilos de

personalidad muy diferenciados. Al cooperar en el cuidado de los hijos, de los adultos mayores y del hogar, se promueve una mayor empatía con las condiciones de vida del otro, y una semejanza creciente de los modos de subjetivación. Tal vez este sea un subproducto positivo de la experiencia del aislamiento en pandemia, y promueva mejores relaciones familiares. Y si no es el caso, habrá sido una ilusión más. Es conveniente diferenciar el sentido que Freud (1927) asignó a la ilusión, entendida como una esperanza falaz y no acorde con la realidad, y otro significado posible, que vincularía las ilusiones con la constitución de ideales, que si bien son de difícil realización, organizan el psiquismo y los proyectos de vida.

La Postmodernidad se caracteriza por un desencanto generalizado respecto de las aspiraciones de libertad y equidad, sustentado entre otros factores, por la creciente desigualdad (Chomsky, 2017) y por la puesta en contacto de culturas disímiles a partir de la globalización, que ha potenciado el relativismo cultural. La equidad en las relaciones de género es una de las escasas aspiraciones colectivas que mantienen su vigencia y su verosimilitud, lo que, más allá de las transformaciones prácticas y efectivas, ejerce un efecto psíquico estructurante, en un período en el cual proliferan las patologías severas y las organizaciones borderline (Lerner, 2018). Estos estilos de personalidad han sido relacionados con la crisis de los valores y sentidos que organizaron tradicionalmente la existencia, la anomia resultante de la globalización, la aceleración del cambio y el descrédito de las aspiraciones e ideales de progreso.

Aún cuando se lograra una mayor equidad en las relaciones de género que se establecen entre las personas de los sectores sociales medios, quedarían pendientes los reclamos provenientes de los sectores subalternizados: las etnias originarias, y quienes integran el colectivo de la diversidad sexual. ¡Felizmente, no existe tal cosa como el fin de la historia! (Fukuyama, 1992).

### **Bibliografía**

- Bourdieu, P. (2000) *La dominación masculina*, Barcelona: Anagrama.
- Burin, M, y colab. (1987) *Estudios sobre la subjetividad femenina. Mujeres y salud mental*, Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- Chomsky, N. (2017) *Requiem por el sueño americano*, Buenos Aires: Editorial Sexto Piso, ISSN 9788416677726
- Freud, S. (1923) *El Yo y el Ello*, en OC, Buenos Aires, Amorrortu.
- (1927) *El porvenir de una ilusión*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Fukuyama, F. (1992) *El fin de la historia y el último hombre*, Barcelona: Planeta.
- Gilmore, D. (1994) *Hacerse hombre*, Buenos Aires: Paidós

- Hernando, A. (2012) *La fantasía de la individualidad*, Buenos Aires: Katz Editores.
- Hirata, H., Kergoat, D. con la colab. de M. Hélène Zylberberg H. (1997) *La división sexual del trabajo. Permanencia y cambio*, Buenos Aires, Trabajo y Sociedad - Centro de Estudios de la Mujer de Chile - PIETTE/CONICET.
- Hornstein, L. (2002) *Narcisismo*, Buenos Aires: Paidós.
- Larguía, I. y Dumoulin, J. (1976) *Hacia una ciencia de la liberación de la mujer*, Barcelona: Anagrama.
- Lévi Strauss, C. (1949) *Las estructuras elementales del parentesco*, Buenos Aires: Paidós
- Lerner, H. (2018) *Más allá de las neurosis*, Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Meler, I. (1996) "Psicoanálisis y Género. Aportes para una psicopatología", en *Género, Psicoanálisis, Subjetividad*, de Mabel Burin y Emilce Dio Bleichmar, compiladoras, Editorial Paidós: Bs. As.
- (2020a) "Pensando en la incertidumbre" en *Stop Covid 19. ¿Volver a la normalidad?* , Buenos Aires: Ediciones El Psicoanalítico.
- (2020b) "Género, clase, edad. El impacto diferencial de la pandemia", *Revista Topía 30 años*, Buenos Aires, Año XXX, agosto, ISSN 1666-2003